

libre, sirvió al Libertador con cuanto pudo y, en parte, tomó filas con él en la contienda. Barreiro desesperado ya emprendió ganar el Puente de Boyacá para enmendar sus errores y, desde los altos campanarios de Tunja Bolívar lo hizo espiar y lo vigiló él mismo a caballo desde lo alto de una cumbre. Y al ver ya el errado camino que tomó el español, Bolívar exclamó en un trasporte de júbilo indecible: "*Ya es nuestro*", y veloz lo siguió cual convenía a sus fines.

Al llegar Barreiro con sus huestes al río Boyacá, ya estaban cerca al Puente Santander y Anzúategui resueltos a ultimarlos. Serían las tres de la tarde cuando la lucha culminó en lo recio, Barreiro se batía como un león acorralado, como digno hijo de la heroica España, pero en vano: los nuestros rompieron allí a su vista y su despecho, el secular Escudo Colonial, abrumándolo a él por donde quiera; lo detuvieron, lo estrecharon, lo enloquecieron, lo hostigaron, y a machete y a lanza y bayoneta lo echaron, por pelotones, a rodar de sus alturas; y Rondón, Infante y Mellao hicieronlos pisotear por sus bridones.

Y cuando ya Bolívar—que embridaba a jinetes y caballos que, como a porfía, querían también entrar en fuego—, juzgó llegado el momento, los azuzó y lanzó sobre esos ya quebrantados, agonizantes escuadrones; y, al inolvidable Santander—el hombre para mí *sine qua non* de tan grandiosa empresa—, tocóle consumir la atroz derrota: poner, pues, el *Finis coronat opus* de la inmortal campaña de Boyacá, que los libres no acabarán de agradecer ni en siglos. Ni en el fin de los siglos, digo yo, porque no fue solo la Nueva Granada la libertada así: fueron Venezuela y Ecuador también—la dilecta mimada hija de Bolívar *Gran Colombia*! y, por anticipación Perú y Bolivia, que palpitan ya en las sienes de Bolívar, Carabobo, Junín y otras jornadas, y la indecible, la inefable terminal del Ayacucho.

¡Ayacucho, señores! de la cual sólo podré hoy decirlos, que la Gloria, que desde años atrás tenía en Bolívar a su escogido, predilecto amante y que suele ser versátil; en Ayacucho esa inconstante le fue infiel. Como el águila caudal, ella se mecía en el éter oteando el curso a la final batalla, el último florón o el broche de oro con que Bolívar orló en la sien a la libertad de Sur América. Y aquella Veleidosa, enamorada al ver a Córdoba en su "paso inmortal de Vencedores", a aquel alado arcángel de la Fama que parecía volar más que sentar el pie en tierra en tan solemne ocasión, la Gloria infiel que acaso había sentido ya sus tentaciones, no pudo resistir más, plegó sus finas y lucientes alas aceradas y con zumbido al parecer metálico, fugaz, flechóse al héroe, se posó en sus hombros sobre aquellas jinetas bien ganadas, y cariciosa le habló al oído y le besó en la sien: eso se explica, señores, es humano; se trataba de Córdoba el más garrido y gentil, el más bizarro mancebo que en el Olimpo Marte engendró en Venus; y la Gloria no era

hombre, Córdoba sí, y qué hombre! Bolívar al saberlo, entre encelado y mustio, mordiése el fino y decoroso labio, empero grande en todo como siempre lo fue, sesgó los ojos y guardó silencio: si más tarde él ciñó en las sienes del sin par Sucre la corona triunfal emblema de Ayacucho, no fue ello, nó, una ruin venganza, eso era lo jerárquico y correcto, mas, Sucre hidalgo y justo siempre, la colocó sobre la sien de Córdoba; y aquella Infiel sonrió de regocijo! lo cual también es humano: así es la vida.

Mas, fuerza es ya que acabe yo, diciéndoos: un siglo hace hoy que en Boyacá fuimos libres por obra de Bolívar, Santander y sus héroes: oremos y floremos lágrimas de entusiasmo y gratitud por nuestros Libertadores todos, desde el humilde anónimo soldado,—de quien no se sabe hoy en donde están sus huesos, pues la Historia es siempre así! hasta Bolívar de quien Santander dijo: "Que sin este genio inmortal nada se habría hecho". Y yo digo: ni sin Vos, patrio insustituible, madre de Boyacá si él es el padre!.....

Sí, que sin Santander juzgo yo inconcebible a Boyacá. Sabed ¡oh jóvenes amigos! que—si no lo más porque de por medio está Bolívar,—a Santander le debemos haber sido en la empresa inmortal de Boyacá su primero y gran resorto, el músculo flexor de tan potente brazo, creador de la Libertad en Sur América; a Santander, que tanto supo pensar y regir bien al país, como ser hombre de viril acción, clásico y eficiente siempre en todo; a Santander, repito, que así supo encararse a la muerte con su espada, como con el Crucifijo que al morir empuñó firme, sin respetos humanos; ¡Cristo, señores, en el cual él creyó siempre, y que si fue Quien en la tierra le dió gloria, iba asimismo a dársela en el Cielo!.....

¡Así, sin miedos! mueren los creyentes.

A. B. U.

## Concurso histórico.

Discurso pronunciado por el señor Rector de la Universidad de Antioquia, Dr. Miguel M. Calle, en la sesión solemne celebrada para adjudicar los premios en el concurso histórico abierto por el Consejo Universitario.

Señores:

Extrañeza habrá de causaros el que yo hable en este momento, cuando el programa de nuestra fiesta reza un nombre de todos querido y venerado. El del Dr. Alejandro Botero Uribe, Decano del Profesorado de esta Universidad y reliquia de generaciones ya idas. Fue mi deseo que el Dr. Botero, ilustre por sus títulos, meritorio por sus virtudes, preclaro por sus talentos, respetable por su patriotismo y su carácter, abriera esta sesión solemne con que la Univer-

sidad de Antioquia se propone honrar a los Padres de la Patria en la celebración del primer centenario de la gloriosa batalla de Boyacá. Trasmítale la designación, y aceptóla con el gusto y entusiasmo que pone él siempre para todo lo que a este instituto se refiere; una circunstancia imprevista hizo que él y yo accediéramos a que su discurso fuera pronunciado ayer, ante las Corporaciones Científicas y numerosa concurrencia reunidas aquí mismo. Tal el motivo para que yo venga a reemplazarlo en atención a su edad y en beneficio de su salud que todos debemos cuidar. Y en verdad que no anduve desacertado al hacer la elección. Seguramente la mayor parte de vosotros estuvisteis presentes ayer cuando el Dr. Botero leyó su magnífico estudio pleno de ardor patriótico, en estilo vibrante y armonioso, y con la vehemencia de sus mejores años, la que nos hizo ver que esos cabellos blancos que cubren su cabeza no son la nieve que entumece y paraliza, sino tibio vellón que guarda el calor de una inteligencia cultivada, poderosa y viril, siempre lista para entrar en las justas del patriotismo y del honor. Hermoso ejemplo nos da este anciano octogenario que aún es capaz de conmover los corazones y despertar en ellos los grandes sentimientos que inspiran las glorias de Colombia!

Señores:

Con esta festividad se propone la juventud universitaria de Antioquia honrar la memoria de los Padres de la Patria al conmemorar una de las fechas más gloriosas de nuestra lucha por la libertad. Justo por demás es que los que han de recibir dentro de breve plazo el sagrado encargo de velar por el engrandecimiento, ventura y prosperidad de esta tierra de héroes y sabios, se inspiren en el recuerdo de aquellos hombres superiores que marcaron con sello imborrable toda una época en los anales de nuestra legendaria historia; que templen sus almas con el ejemplo de varones preclaros que parece que en los abismos de la eternidad se hubieran dado cita para venir al mundo por los mismos tiempos, con los mismos anhelos, iguales aspiraciones, incomparables energías, valor nunca superado y acerada voluntad para combinar proyectos, vencer obstáculos, realizar hechos que andan en los lindes de la fábula y crear un continente libre, abierto a la luz de las inteligencias donde antes eran la esclavitud, la ignorancia y las tinieblas.

¡Cómo merecen estos hechos que hoy refrescamos al cabo de una centuria que la juventud los estudie, que los analice, que los palpe y que se impregne con las enseñanzas que de ellos se deriban, para que sirvan de sabia lección de energías a las presentes generaciones, crecidas en la inacción, sin la lucha que aquilata y vigoriza, sin el obstáculo que anima al vencimiento, sin los grandes ideales que estimulan al hondo pensar y al rudo batallar!

Dícese que el hombre es hijo de las circunstancias y

muchos quizás podrían pensar que si hoy surgieran para nuestra Patria dificultades semejantes a las que la agobiaban en los tiempos de la Independencia, se levantarían como en aquella época nuevos héroes, y que volveríamos a contemplar el espectáculo grandioso que nos dieron el genio de Bolívar, el talento de Santander, la prudencia y pericia de Sucre, la intrepidez de Córdoba y las excelsas cualidades de todos los libertadores que, con la grandeza de su alma y el brillo de su espada, iluminaron por más de cuatro lustros el cielo de Colombia. Posible es que así hubiera de suceder, pero no son para tantas esperanzas los signos del tiempo, por que si pensamos en la indiferencia con que por muchos se miran los altos intereses patrios, si contemplamos los débiles lazos que nos ligan a las glorias pretéritas, si por todas partes flota el espíritu de enemistad que unas veces hace correr la sangre a torrentes y otras desgarrar con implacable saña, nombres y reputaciones de hermanos, no podremos menos de creer en que, si en muchas cosas hemos progresado, en otras hemos menguado, y que los que hoy nos llamamos descendientes de águilas por el genio, y de leones por el brazo, nos agitamos en una atmósfera en que se atrofian las fuerzas, se desperdician las energías y se debilitan las más templadas voluntades. Quizas nos hagan falta fuerzas contrarias que desarrollen nuestra iniciativa, que fortalezcan nuestras facultades en lucha diaria, dura y tenaz. Poseedores de la libertad que nos legaron nuestros héroes, habitantes de un suelo pródigo en frutos y riquezas, nos hemos contentado con disipar de nuestra rica herencia, dilapidándola en veces, y así, tan preciados bienes han podido servir para defraudar las esperanzas de los que vertieron sangre y consumieron vidas en aras de un ideal de paz y de ventura. Apenas ahora, cuando las grandes conmociones del Viejo Mundo, verdaderos cataclismos sociales, han traído hasta nosotros el estruendo de civilizaciones que se derrumban, parece que empezamos a comprender que no estamos solos en el orbe, que pertenecemos a la gran familia humana y que como miembros de una gran colectividad estamos en el deber de asociarnos en la obra común del salvamento universal. ¡Pero cuánto nos falta para ser factores efectivos en el rodaje de los grandes pueblos! Cuántas capacidades necesitamos adiestrar para influir siquiera como átomos en las combinaciones del inmenso laboratorio humano! Cuánto estudio, cuánta meditación, cuanta labor perseverante y desinteresado patriotismo debemos poner al servicio del bien común si queremos ser provechosos a la Patria y seguir las huellas de los que ahora honramos, para conservar y acrecer la obra inmortal que ellos nos legaron.

Pensad jóvenes universitarios de cuánto fueron capaces los fundadores de la República y preguntaos siempre si vosotros sois capaces de ser los continuadores de tan mag-

na y heroica empresa, o si por el contrario, habrá de menoscabarse en vuestras manos.

Pensemos, meditemos y obremos como pensaron, meditaron y obraron nuestros héroes y nuestros sabios.

M. M. Calle.

## Fallo del Jurado Calificador

en el concurso histórico abierto por el Consejo Directivo de la Universidad de Antioquia para conmemorar el primer Centenario de la Batalla de Boyacá.

Medellín, 8 de Agosto de 1919.

Sr. Presidente del Honorable Consejo Universitario.—Pte.

En cumplimiento de la honrosa comisión que os dignásteis confiarnos, y procurando obrar con la mayor imparcialidad y acierto, hemos estudiado separadamente cada uno de los trabajos presentados al Concurso en buena hora iniciado por el H. Consejo para conmemorar el primer centenario de la Batalla de Boyacá, y luego nos hemos reunido a deliberar sobre ellos.

Diez fueron las piezas pasadas a nuestro examen y en todas ellas hallamos méritos evidentes que mucho lisonjean nuestro amor a un Instituto en donde las disciplinas que tienden a ensanchar el culto de los próceres y de sus hazañas famosas encuentran tan decididos y felices cultivadores.

Desde un principio llamaron nuestra atención dos trabajos, a los cuales indiscutiblemente correspondían los primeros premios, y nuestro juicio estuvo vacilante entre ellos sin saber por cual decidirse en el orden de preferencia, pues en uno y otro encontrábamos una severa investigación, crítica certera y gallarda, forma literaria, más brillante en el firmado con el pseudónimo *Pan, Queso y Raspadura*, pero seductora por su sencillez y por la *difícil facilidad* que ostenta en el firmado con las iniciales *S. V. A.* Esta condición nos hizo decidir por el último, que es también más comprensivo, aunque quizás debiera aligerarse un poco para que la proporción no se rompa y la sobriedad brille, como en las otras partes de la obra, en la que trata de las decepciones del Libertador en Venezuela y de la perfidia de algunos que se llamaban sus amigos.

El segundo premio corresponderá, pues, al estudio firmado *Pan, Queso y Raspadura*, al cual no tenemos tacha que poner, pues desarrolla de modo admirable el plan que se traza de «la realidad espléndida de la independencia y el ideal soberano de la unión americana»; bien es cierto que las demás consecuencias de la Batalla las enumera de paso o las sugiere muy discretamente, pero con todo nos

parece más completo el de *S. V. A.*, al cual hemos resuelto que se adjudique el primer premio.

El tercero hemos acordado se otorgue al trabajo firmado *Oscar y Arnoldo*, en el cual se sigue la marcha del Ejército libertador a través de los Andes, y en estilo un tanto declamatorio, pero correcto, se describe la batalla, antes de entrar en la enumeración de sus consecuencias, que abarcan todo el desarrollo posterior de Colombia. Tal vez alguna frase aislada sobre el origen del poder no sea del todo aceptable, ni es históricamente cierto que el clero colombiano se opusiera a la República, como en alguna parte se deja comprender; pero estos son defectos subsanables al tiempo de la publicación, así como el de omitir el nombre de D. Manuel Torres, Ministro colombiano en Washington que obtuvo el reconocimiento de nuestra nacionalidad y murió cuando estaba en ejercicio de sus delicadas funciones; le sucedió nuestro eminente conterráneo José María Salazar, a quien los jóvenes autores mencionan como primero de nuestros ministros en los Estados Unidos. Otro error de fácil enmienda en que los autores incurren al tratar de las consecuencias de Boyacá en Antioquia es el de aceptar lo que dice D. Alvaro Restrepo Euse sobre el establecimiento de una Escuela Normal Lancasteriana en la ciudad de Rionegro, pues la única Normal que allí ha existido fue la fundada por el Gobierno de la Unión en 1871; la primera Escuela lancasteriana de Antioquia fue la de Medellín, dirigida por don Víctor Gómez en 1822; funcionaba anexa al Colegio de Antioquia, núcleo u origen de nuestra querida Universidad. Pero repetimos que estos son *peccata minuta* fáciles de corregir y por eso no hemos dudado en considerar el trabajo de *Oscar y Arnoldo* digno del tercer premio.

Los demás estudios que hemos examinado tienen todos méritos evidentes, como fruto de investigación propia, inteligentemente llevada; pero los unos nos han parecido incompletos, el exagerado conceptismo de otros, no siempre inspirado en la más sana doctrina, el alambicamiento de la frase, el estilo desmayado y las incorrecciones gramaticales denunciarían incompetencia o parcialidad en el Jurado que los premiara, no obstante haber entre ellos algunos que, una vez depurados, aportarían mucha luz al estudio que se inicia de las consecuencias de la gran batalla que selló nuestra emancipación.

Queda así cumplido el encargo que nos habéis hecho el honor de confiarnos, con el cual nos habéis proporcionado el placer de cumplir vuestras órdenes y de apreciar el más elocuente testimonio de que en ese plantel las finalidades patrióticas de la educación se cumplen admirablemente.

Con todo respeto, somos del Sr. Presidente servidores muy atentos,

Gabriel Latorre, Enrique Uribe Ospina, Pbro.,

Julio César García.